



Velocidad

Speed

■ Iván Thays

■ 1.

El mismo día del accidente perdí la memoria.

Luego de unas semanas en el hospital, dijeron que podía irme. Me entregaron a una señora joven, quizá de 30. Dijeron que era mi esposa. En el auto hacia su casa, ella me advirtió que unos meses antes del accidente nos habíamos distanciado y preparábamos el divorcio. Yo alquilaba un departamento y ella se había quedado en nuestra casa. Además, me informó que estaba saliendo con otra persona. Me dio el nombre de su novio, pero no pude retenerlo. El suyo, en cambio, me era sencillo recordar.

Ella se llamaba Laura.

Llegamos a la casa. Laura pensó que al verla me volverían algunas cosas a la cabeza, pero en realidad no me recordó nada. Caminando por un estrecho pasadizo que desembocaba en la sala, pensé que era imposible que yo hubiese aceptado esa decoración: el malva de los muebles, las lámparas de bronce, los cuadros abstractos, la alfombra con dibujos de venados navideños en mitad de su vuelo en el vacío.

—¿Cambiaste la decoración? —le pregunté.

—¡Te diste cuenta! —exclamó bastante sorprendida y confusa, probablemente curiosa por saber cuántas cosas había olvidado en realidad y cuántas cosas fingía no recordar.

Por su rencor al dirigirse a mí supe que nuestra convivencia no debió ser fácil. ¿Cómo sería ella? Una mujer simple, insegura, con frustraciones y derrotas. ¿Y yo? quizá tenía un carácter oscuro, dado a los misterios, callado, complicado. Imprevisible.

Fue a la cocina para vigilar el almuerzo. Me dejó solo en medio de la sala.

Olfateando como una mascota pequeña, una niña de seis años se deslizó por la silenciosa

El autor nació en Lima (Perú) en 1968. Estudió Literatura y Lingüística en la Universidad Católica del Perú. En 1992 publica el libro de cuentos *Las fotografías de Frances Farmer y más tarde las novelas Escena de caza (1995), El viaje interior (1999) y La disciplina de la vanidad (2000)*, con la que se ubica en el grupo finalista del Premio Rómulo Gallegos en 2001. Ese mismo año recibe el Premio Príncipe Claus, por el conjunto de su obra literaria y su ejercicio en la difusión cultural. Actualmente dirige el programa literario de TV Vano oficio.

alfombra y se puso a mi lado. La miré directamente a los ojos. Ella no dijo nada. Le cogí la barbilla y le levanté la cabeza.

Le pregunté: "¿eres mi hija?"

Luego entré al baño, me miré en el espejo. Me di cuenta la lentitud con que el dolor desencajaba mi rostro. Me puse a llorar.

2.

Todos los días, durante quince minutos, Laura estaba a solas conmigo en una pequeña sala con un televisor enorme y un equipo de video. Sentada frente a mí, me mostraba películas y fotografías para tratar de que yo recuerde algo. También me contaba algunas cosas de mi vida.

Con la precisión de un cronómetro, a los quince minutos mi cabeza empezaba a latir y Laura dejaba de hablar.

Yo anotaba en un cuaderno algunas de esas anécdotas confusas. Pensé que escribir nombres, lugares, situaciones, podría ayudarme a recordar mejor. O al menos, a repasar luego esas notas y movilizar la memoria.

Supe que los autos eran mi obsesión. El culpable de eso era mi abuelo paterno. Aprendí a conducir a los doce años, en la camioneta color verde de mi abuelo. Él tenía un fundo en una provincia al sur, donde cultivaba casi en exclusividad paltos. A la camioneta verde la llamaban La Palta.

La Palta no era veloz, pero sí muy segura. Mi abuelo me sentaba en sus rodillas cuando era un niño, me dejaba mover el volante, que era tan duro que difícilmente se desviaba. O me permitía estirarme hasta alcanzar el acelerador, mientras él controlaba a La Palta. Por más fuerte que lo apretase, el abuelo siempre gritaba: "más fuerte, más fuerte" y me obligaba a ajustar el acelerador a fondo, y se echaba a reír porque el auto apenas si cogía más velocidad pese a las arremetidas.

Mi abuelo era un conductor extraordinario. Mi padre solía contar sus hazañas, algunas casi ficticias. Cuando el abuelo llegaba a Lima para tratar algún asunto del fundo, de lo único que se hablaba era de lo bien que conducía. Además, desde luego, todos nos metíamos en el auto y esperábamos un paseo con el abuelo. Mi mamá no iba con nosotros, porque le daba miedo la velocidad. El abuelo le explicaba que la velocidad, en realidad, era una cuestión de punto de vista. Para él, un buen conductor de autos era aquel que conseguía convencerse de que su vehículo estaba quieto mientras a su alrededor todo lo demás —árboles, personas, otros autos— avanzaba como una banda infinita. Lo único importante, decía, era no dejar de tener esa idea en mente sin tratar de controlar la velocidad de las cosas que pasan al costado, sino manteniendo el auto en el que uno va en su perfecta inmovilidad.

Si uno intenta conducir el auto al ritmo de las cosas del exterior, decía, entonces todo pierde sentido y es ahí cuando ocurren los accidentes. "Jamás he tenido un accidente", me decía el

abuelo mientras me enseñaba a maniobrar el timón de La Palta, o del auto de mi padre cuando estaba en la ciudad.

Sin embargo, una vez mi padre me contó que el abuelo sí tuvo un accidente.

Tenía diecisiete años y conducía el auto de la familia, un *Dodge* azul oscuro, con su hermano de quince años como copiloto. Un auto que iba en sentido contrario lo hizo perder el control del vehículo, que cayó por un desfiladero. Su hermano menor, que no llevaba cinturón, rompió el vidrio de la ventana delantera y salió despedido del auto. Murió mientras lo conducían al hospital.

El abuelo estuvo una semana internado, con la clavícula rota, las costillas destrozadas y un collarín en el cuello. El tabique de su nariz se había desviado ligeramente. El día que le dieron de alta, su mamá entró a la habitación de hospital y lo vio fuera de la cama, en el baño, mirándose en el espejo. Estaba moviendo su cabeza de un lado a otro, escudriñando con detalle la desviación del tabique.

—No soy yo —dijo.

3.

Laura me contó que cuando la conocí ella estudiaba biología en mi misma universidad. Me senté junto a ella en un almuerzo. Para coquetearle, dice, le dije que la biología era la ciencia del futuro, y que tarde o temprano el destino estaría en manos de los biólogos como antes estuvo en manos de los filósofos.

Ella no me tomó en serio.

Luego de un año de salir juntos, Laura se cambió de carrera. Empezó a estudiar psicología. Cuando ella me contó que pensaba hacer el traslado, le pregunté por qué lo hacía. Ella dice que me contestó: “simplemente, dejé de creer en el futuro”.

4.

El día en que decidimos separarnos habíamos celebrado, hacia ni un mes, tres años de matrimonio. Teníamos una niña de dos años que también se llamaba Laura. Ella me dijo que se iría a vivir al extranjero con la niña. Como toda respuesta, yo le comenté que desde que tenía quince años estaba preparado para que me quiten a mi hija.

Al parecer, cuando tenía veinte años una amiga de mi madre me leyó el tarot y me dijo que iba a perder a mi hija. Dice Laura que yo recordé siempre esa profecía. En una época pensé que no se cumpliría, pues me parecía imposible tener un hijo. Luego, cuando me casé con ella, recordé la frase y empecé a temer que se hiciera realidad.

Cuando mi madre vino a verme después del accidente, en un momento que estuve a solas con ella, le pregunté por qué me separé de Laura. Mi madre no me quiso contestar, me dijo que los

dos éramos muy inmaduros, que en realidad fue un matrimonio muy rápido, que debimos conocernos más. Le contesté que no creía ninguna de esas razones, que debía haber alguna más. Entonces, ella me dijo que Laura sufría de bovarismo. Es decir, se aburría.

5.

El día en que Laura me dijo que debíamos separarnos, fui al garaje. Subí a mi auto y manejé hasta la casa de mis padres. Luego, di una vuelta a la manzana y regresé a casa. Así, ida y vuelta, una y otra vez, toda la madrugada, me despedí de mi Laura y también de la otra Laura.

6.

El día que Laura me informó que nuestra hija había muerto, no estaba sola. Un médico había insistido en estar con nosotros para ver mis reacciones y cuidar por mi salud. Ambos entraron a la sala con el televisor, ella se sentó y el médico se quedó de pie.

—Ya lo sabía —les dije.

Ambos se miraron interrogados. ¿Cómo es posible que sepa que mi hija había muerto? ¿Acaso lo había recordado? ¿Y de ser así, por qué no dije nada?

—No, no lo he recordado —aclaré—. Me lo dijo la niña que estaba en la sala el día que me trajeron aquí.

El médico quiso saber quién era esa niña. Laura dijo que no sabía bien, quizá la hija de la empleada. Pero la mirada, incrédula y severa al mismo tiempo, del médico la desarmó. Dijo que era la hija de Mario, su nuevo novio.

7.

Mi hermano me contó que mi abuelo había muerto de una embolia cerebral hacía muchos años. Es imposible que no lo recuerdes, me dijo. El era tu ídolo. No, no lo recordaba. Mi hermano me contó que yo siempre contaba la hazaña de mi abuelo que, de adolescente, en el auto de sus padres, tentó varias veces al destino en un lance que se llamaba “el cruce de la muerte”. Se trataba de cruzar una avenida regularmente transitada sin apretar el freno. En un solo envión. Lo había hecho con amigos, y sin duda él era el mejor. En realidad, me dijo mi hermano, más que “el cruce de la muerte” debió haberse llamado “el cruce de la reprimenda”, porque lo peor que había sucedido era un par de autos de sus amigos chocados, y sus padres dándoles castigos ejemplares como no ir a la fiesta de graduación o tener que trabajar en sus oficinas en labores minúsculas que incluían comprar el desayuno o llevar tarjetas a los socios. Pero al abuelo jamás

le pasó nada. Muchos conductores que solían pasar por esa avenida ya lo conocían. Un diario de la época, incluso, comentó la temeridad en una nota que mostraba más admiración que civismo.

Mi hermano me comentó que desde que el abuelo me contó aquello, yo no pude quitarme de la cabeza hacer el cruce de la muerte. Eran otras épocas, es cierto, y ahora cruzar esa avenida sin frenar era un suicidio. Pero yo estaba obsesionado. Otra de las hazañas de mi abuelo era hacer saltar a su auto en medio de una docena de carros en llamas, por cierto, y también quería yo hacerlo, pero eso era a largo plazo. El cruce de la muerte parecía más probable e inmediato. Aún no tenía licencia de conducir, así que cuando iba al fundo practicaba en La Palta, no en una avenida sino en un cruce de tierra. Apenas tuviese la mayoría de edad, haría el lance. En La Palta trataba de acelerar sin frenar, y cronometrar mi tiempo. A veces parecía que iba a estrellarme contra una vaca o un muro de piedras. Pero iba mejorando el pique.

El abuelo me contó que lo que era realmente difícil era hacer esa suerte con los ojos vendados y las manos atadas al timón. Por ello, en mis prácticas empecé a vendarme los ojos y a atarme una mano, cuando estaba solo, y dos cuando convencía a alguno de los empleados del abuelo que me ataran la otra.

8.

El médico dijo a Laura que era peligroso traer a una niña de esa edad a esta casa. Y más aún al nuevo novio. Que lo que yo tenía era grave, que podía ser irrecuperable. Que si no estaba dispuesta a colaborar me llevarían a la casa de mis padres.

Ella se negó a que me saquen de aquí. No entendí por qué. ¿Sentía lástima? ¿Culpa? ¿Por qué se sentaba conmigo, quince minutos todos los días, a mostrarme fotos y videos y a contarme mi vida?

Se fue el médico y Laura se puso a llorar en el sofá de la sala. Yo, desde mi cuarto, me hice el que no la oía. Laura lloró durante 20, quizá 30 minutos. Luego se puso de pie y se metió en su cuarto, con la puerta cerrada. Yo caminé hasta su cuarto, con una hija arrancada de mi cuaderno de notas y un lapicero, y escribí: "quiero ver fotos de Laura". Pasé la nota por debajo de la puerta.

9.

En una de esas sesiones, Laura me contó que cuando empecé a salir con ella solía hacerme el tonto con el auto. Aplastaba el acelerador, ganaba la luz del semáforo, estacionaba de una sola viada. Aprendí a dar la vuelta a la esquina con un quiebre que daba la impresión de estar en dos ruedas. Antes de coger la curva, miraba a los ojos de Laura y le decía: "va por ti, nena" y ella lanzaba un grito aún antes de que el auto quedase en dos ruedas. Luego, nos reíamos.

Laura me contó que desde que me dieron la licencia empecé a hacer el cruce de la muerte, imitando a mi abuelo. Lo hacía en calles poco transitadas. Yo le había dicho que la primera vez fue temible, terminé con la camisa empapada en sudor, con las manos temblando. Como ponerse el cañón de una pistola en la sien y apretar el gatillo. Luego me acostumbré a todo ese pánico. Solía hacerlo por las mañanas, cuando las avenidas no estaban tan transitadas, o en las madrugadas. Luego, algunas tardes, pero lejos de la hora pico. Ya no eran vacas sino autos de verdad, y semáforos, y gente que cruza por cualquier lado sin percatarse de nada.

Apretaba el acelerador. Escuchaba el chirrido de las llantas. Miraba la cara de asombro de algunos, la envidia o la desaprobación de otros. Miraba su propia cara. La velocidad.

Un día, Laura me contó que sin prevenirle, hice la suerte con ella en el auto. "Esto va por ti, nena", grité, pero como no había ninguna curva a la vista, Laura se cogió instintivamente del asiento porque sabía que esa frase no traía nada bueno. Cuando al fin crucé la avenida, entre cláxones y los frenos exigidos de los otros autos, Laura clavó sus uñas en mi brazo y se puso a llorar en silencio. Solo lágrimas. Ni una palabra.

"No lo volveré a hacer contigo dentro del auto", dice que le prometí.

Ella dejaba caer las lágrimas y seguía sin hablar.

—Di algo, ¿estás en shock? —le pregunté—. No contestó. Pensé que debía llevarla a algún lado, una clínica, la casa de sus padres, pero no decidía dónde. Manejé como un anciano, apenas apretaba el acelerador, a pesar del temor a que un policía hubiera visto el lance y nos estuviese siguiendo.

Entonces Laura se echó a reír.

—Las personas que están en shock no pueden contestar si están en shock, idiota —me dijo, echando su cabeza hacia atrás para que su risa saliera más limpia, más obvia, más larga y exagerada.

Dice que también yo me eché a reír.

10.

Abrió la puerta. Me preguntó si de verdad quería ver fotos de Laurita. Bajo mi responsabilidad, contesté.

11.

Mientras me enseñaba fotografías, Laura me contó cómo fue el accidente. Me contó todo, detalle por detalle. Iba pasándome las fotos —una niña recién nacida cargada por Laura, una niña gateando, una niña vestida de rosado— tratando de ver algún gesto de reconocimiento. Y no paraba de hablar.

Decía, por ejemplo, que esa noche me encontraron súbitamente caminando en medio de una carretera. Que debí caminar un día entero, porque estaba a kilómetros del auto, destrozado, y del lugar del accidente. Que mi ropa estaba sucia, rota, que yo tenía una mirada perdida, casi melancólica o triste.

¿Qué más?

Que no podía hablar y que me negaba a escribir. Sin embargo, mis documentos estaban en mi pantalón y la llamaron a ella y a mis padres.

¿Qué más?

Que yo no la reconocí a ella cuando fue a verme al hospital, y tampoco a mi madre y mi hermano. Que bajaba la cabeza y me cogía la nuca cada vez que me hablaban, que el doctor me tuvo sedado casi una semana, que volvían a ponerme hojas de papel y un lapicero para que pueda escribir lo que quisiera, y yo no escribía nada, absolutamente nada, moviendo los ojos y la cabeza con un tic que Laura calificó como de pájaro salvaje, un pájaro gris y asustado, dispuesto a dar un picotazo.

Me había convertido en un ser extraño, incapaz de reconocer a nadie, sin habla, sin memoria.

—¿Puedes recordarlo ahora? —me preguntó finalmente, mientras yo me quedaba mirando la foto en que una niña de dos años abría unos ojos enormes y empezaba a sonreír al fotógrafo.

Le devolvía la foto.

—¿Qué es lo que quieres que recuerde? —le pregunté.

12.

Entre las cosas que me contó mi hermano, me dijo que cuando murió mi abuelo yo estaba lejos de Lima, haciendo una maestría en una universidad del midwest norteamericano, donde me aburría terriblemente. Sin embargo, había conseguido una breve celebridad porque en una festividad local salté por una rampa con su automóvil por encima de seis viejos chevys estacionados.

Al parecer, lo último que le conté al abuelo, por teléfono, fue lo de los chevys y además la posibilidad (que mi hermano dice que al final no se concretó) de aparecer al volante en una película norteamericana, que exigía piruetas y explosiones en una carrera de autos entre una limusina y muchos autos de la policía.

Mi abuelo no me felicitó por la hazaña. Habló de otras cosas. Me contó sobre el fundo, sobre sus perros, sobre las paltas y el precio del mercado. Habló sobre mi madre y mi padre. Que habían hecho mucho por mí, que debía cuidarlos. Me dijo que se sentía un poco agotado, especialmente por las mañanas, pero que aún así jamás dejaba de leer los periódicos desde la primera letra hasta la última.

—¿Tú lees los periódicos? —me preguntó.

Yo no reconocí a mi abuelo. Mi hermano dice que le conté que me dejó desconcertado, como si fuera un extraño, hasta que finalmente repitió aquello de la velocidad.

Uno debe mantenerse estático mientras todo lo demás transcurre con demasiada velocidad. A veces demasiado rápido y otras muy lenta, muy lenta, dijo.

Entonces yo le pregunté si estaba hablando de autos. Si alguna vez, realmente, habló de autos.

13.

—¿Fui yo? —pregunté.

14.

Una noche, mientras cenábamos en un restaurante con el novio de Laura y su hija, éste contó que estaba escribiendo una novela. Pensaba que, si las cosas le salían bien, podría conseguir un adelanto que le permitiese escribir otra. Y así sucesivamente.

Trataba de dejar un trabajo que detestaba. Era profesor de una universidad que quedaba al extremo opuesto de la ciudad donde vivía. Tenía que desplazarse todos los días hasta ahí en su auto, una hora y media de ida y un poco más de regreso.

Cuando Laura y su hija pensaban pedir los postres, Mario me preguntó si me molestaba que fume. Le dije que no, así que sacó un cigarro de su bolsillo y se lo llevó a la boca. Lo encendió con su mechero. Pitó. Era obvio que se sentía a gusto con todo ese trajín.

—La memoria no sirve para nada —sentenció.

Olí el tabaco y me recordó a algo agradable.

—¿Me invitas? —le dije.

Sacó un nuevo cigarro de su bolsillo, me lo dio y encendió su mechero. Cuando di la primera pitada, guardó el mechero en el bolsillo, satisfecho. Me miró a los ojos.

—La memoria es nuestra espía —continuó—. Pero tú lograste escapar de ella.

Dio una nueva pitada. Lo imité.

De pronto se echó a reír y agregó: “Lo mejor o lo peor de todo es que nunca podrás saber con exactitud la maldita suerte que has tenido”.